

5º tarde 2001

Amigos, compañeros, docentes, padres, y autoridades:

Hoy son palabras. Nada más que eso, palabras. Palabras holladas por una intensidad; la intensidad del tránsito, que dejada la huella, nos convoca hoy y nos da voz para evaluar estos años intensos. Como si la distancia o el tiempo fueran capaces de darnos la medida justa de la intensidad. Y, en definitiva, nosotros acá, con la huella de esta intensidad. Una intensidad, sí, aceptémoslo, que hoy vuelve a latir como la carcoma de un corazón obstinado. Una intensidad, un corazón, digo, que seguramente hoy no lata al mismo ritmo que aquel último día de clases, aquel día en que la huella terminó de plasmarse (podríamos decir, en este sentido, que sexto año fue un modo de hermosearla). Aquel día de la última lluvia, dispuestos por ella, a prolongar ese momento trágico del "por fin" y el "ahora qué", perdiéndonos en abrazos, en algún baile, en el correteo por fuera y sin desmán, recreando ingenuamente cierta revuelta en el Olimpo tendiente a molestar al portador del rayo. Hoy, ya dos años después, y con cálculos nuevos en la frente, vivimos esta instancia necesaria para reconocernos a lo lejos, activando abrazos mucho más pensantes y aplomados, reactualizándolo todo, reviviendo esporádicamente la intensidad, perpetuando, sí, su huella.

Tal como su nombre invita a sospechar, el presente acto tiene algo de teatral que lo caracteriza, y hasta lo define. Un acto que se repite anualmente con idéntico elenco, con las ausencias de siempre, la misma mecánica, la misma escenografía magna y con nosotros, su multitud ocasional de actores. Pero no dramaticemos, o mejor, dramaticemos: vivir es actuar; la máscara no es hipocresía sino elemento puro del juego; y si nos reunimos por algo hoy, es para llevar el juego a otros niveles, darle al juego la frescura de la autonomía. El telón no separaría dos realidades: simplemente señalaría dos momentos. Pero estas palabras, intensas, se niegan a cerrar el telón, y por el contrario intentan, en su estocada discursiva, horadarlo, hacer que la luz pase. De lo teatral sólo permanece la palabra, la palabra desencadenada. Y por eso, estas palabras, proferidas hoy por este circunstancial histrión, no son mías, no me las apropio; las suelto para que queden, para que se alojen respetuosamente en los oídos; estas palabras que no son, siquiera, del grupo que las ideó, ni, mucho menos, aspiran ser las de todos. Son simplemente palabras, palabras de nadie marcadas que remarcan la marca.

Palabras que no quieren ser consigna inscripta en el cadáver, la honra fúnebre y el epitafio de lo ya muerto. Demoslé paz al muerto, que las flores se marchitan rápido, muchachos. Palabras que no oficializan, pero que sí recuerdan, por que son, de por sí, el recuerdo de las palabras que las precedieron. Son el eco de las palabras que resuenan, todavía, hoy, aquí, y más allá de estas puertas, en los pasillos, en las aulas. En los lugares donde conocimos al otro, donde el otro se nos fue desplegando en múltiples versiones, para irnos haciendo con su palabra y con nuestra respuesta. Campo de deportes, marchas, clases públicas, jornadas, tomas, fiestas, campamentos, viajes: espacios comunes en que nos fuimos esculpiendo a fuerza de vínculos, afincando afectos, empeñando joyas, enreverándonos en algún odio, ganando amigos. Una biografía conjunta en la vereda de la calle Bolívar, una atmósfera plagada de señas; el estrechar lazos, fuertes o efímeros, que dos años después se hallan consolidados o disueltos, pero que dejaron tras de sí su inevitable marca, de naturaleza cualsea, indeleble, minúscula, pulsátil. Está en nosotros hacer de esa marca el compás de nuestro apasionamiento. Este edificio monumental fue tan solo y nada menos que la coordenada de encuentro con la palabra del otro, compañero o docente, palabras que se nos fueron entretejiendo con paciencia, que se nos fueron haciendo hospedaje, para detener la Ley Federal de Educación, para solidarizarnos en comunión cuando sucedió lo de Daniela, para aprender lo primordial, y geografía también, para manifestarnos.

El colegio, entonces, hoy nos recibe, y nos recibe de dos modos. Nos recibe, primero y nuevamente, como nos recibió, ya hace siete años, en esta misma aula magna cuando siendo ingresantes, la historia comenzaba a insinuarse. Cuando aquel chico, atolondrado y natural, ya competitivo y un poco amedrentado, se dejaba estar a la intemperie de este monumento, que progresivamente iría marcando como un territorio propio, una topografía conocida y recorrida. Escaleras, gabinetes, patios, biblioteca, microcine, comedor. Claustros en que fuimos divididos en divisiones: bajo la sigla profunda de la 6ta, 7ma, 8va, 9na o 10ma se acomodaron nuestros nombres. Y a partir de allí el fragor del acontecimiento: desbordes, algunas arbitrariedades, profusión desordenada de emociones, sucesivas instancias de ensayo y error.

Hoy, mudadas las formas y los contenidos, y habiendo elegido empeñar aquí las tardes en que nos tocó adolecer, elegimos volver para encontrarnos. Encontrarnos y sabernos otros, y, de cierto modo, los mismos. Inacabados, algunos en la errancia del sinsentido, otros aggiornados en lo propio. Volvemos para que nos reciban, para que nos den en mano la cartulina que deja constancia de este tránsito; como si la caligrafía fría de nuestros nombres, prolija, pareja, monocroma, pudiese sintetizar estos años, muy desprolijos, nada parejos y tan multicolores. Veamos en la entrega de este diploma de egreso, no un documento que certifica, que sella y cierra, sino una formalidad que es clivaje y continuidad, un pasaje a lo abierto, un continuo dispositivo de apertura. Cada uno, dueño de una experiencia particular, ha sabido o sabrá construir a su modo, un colegio íntimo: morada o sótano, a partir de sus vicios o virtudes, de su caudal humano e inhumano también; de la calidad y coraje de alguno de sus docentes, de su enorme maquinaria burocrática. Por eso mismo estas palabras no se dejan caer en la simplicidad desoladora de quien resume y clausura, no quieren subyugarse al común hacer, nostálgico o resentido, de quien despide la totalidad de una trama ya acabada. Estas palabras, sabiendo su fracaso, intentan abrazarlo todo, abrazando el aire, pero que son, en ese abrazar el aire, un gesto que pretende trascenderse, para ser palabras que desean. Pues de esto se trata: palabras que procuran revocar la crisis del deseo.

Palabras que desean políticamente, que no se conforman, que pretenden incorporarse a su diálogo humanizador, que no pretenden aplazar el conflicto que nos constituye como comunidad, que eligen pensar a partir de él y no a su pesar. Palabras que oxigenan. Palabras que buscan abrir las grietas de un orden que nunca satisface; denunciando el ausentismo de la autoridad récord y ejercitando una autocrítica, por indolencia de nuestra parte. Asimismo desean, reflexiva y apasionadamente, reivindicar y trajinar por el colegio como Cosa verdaderamente Pública, incluyente y solidaria, para que deje de ser isla y pase a ser mar. Cosa Pública que es tributada por esta Argentina, que el espiral sigue succionando; y que por ello mismo, frente a ella, nos responsabiliza. Porque no sólo nos tocó ser alumnos de este colegio sino también ser argentinos de esta Argentina. La Argentina del menemato, de la protesta cotidiana en la puerta, del piquete, de las cacerolas. La Argentina del desamparo, de la anemia general, del individualismo libérrimo, de la degradación educativa. Argentina, ante la cual fuimos privilegiados; y ese privilegio, queramos o no, nos compromete.

Entonces estas palabras también agradecen ese privilegio (y lo critican), por que son palabras signadas por una formación; una formación que las deforman, que les permiten pensar, y pensar distinto. Valorar el aparato crítico se nos fue revelando con el correr de los años, especialmente en sexto. No olvidar que el agradecimiento es condición necesaria para efectuar una crítica sincera, y que, en la crítica misma, se encuentra cifrado nuestro agradecimiento. Agradecer, entonces, ese gesto inconscientemente noble y audaz de poner a disposición herramientas que se

aseguran la operación del sentido, tal vez en su contra; herramientas que permiten, desde la ignorancia, no dejarse ganar por la sensación de inexorabilidad de lo que se presenta como contingente e irrevocable. La posibilidad de pensar contra cualquier historia idealizada que busque instaurar una identidad homogénea y tersa, el “nosotros todos” estático e invariable. Identidad que instaura, por ejemplo, la tradición. Aquel relato épico, urdido en sobreentendidos y soberbia, que nos seducía con ser universitarios a los 13 años, con los desahogos olímpicos al final de quinto, que hoy nos exige grandeza y nos promete prosperidad sin batalla. No dejar aplacar bajo los humos verticales de la tradición a la Historia misma, siempre horizontal, surtida y compleja.

“El ser ex alumno de El colegio”, eso no son palabras, eso es palabraje que fanatiza a los que no conocen. Tampoco dejar aplacar bajo esa consigna la diversidad de la que cada uno de nosotros forma parte y que es, en definitiva, el fruto más palpable y amable del paso por el colegio. Así, en este aula, coinciden: asombradizos, militantes, indiferentes, verborágicos, nihilistas, disidentes, discretos, poetas, extravagantes, futuros dirigentes políticos, susceptibles, curiosos, escépticos. Ahora es hora de producir desde nuestras diferencias, en este horizonte abierto. Momento de aprendizaje autónomo y desregulado, libre y consciente, para no encerrarse en la repetición, para entregarse a más, para hacer novedad. Somos portadores de una huella de potencialidades que nos mueve, sin ligaduras, a implicarnos de lleno con un hacer específico, comprometido y solidario. Un hacer que construya, que pueble, que haga. Un hacer, que al mismo tiempo, permita elaborar un relato genuino de estos años, un relato capaz de, lejos de neutralizarlas, resguardar y vivificar nuestras multiplicidades, haciéndolas dialogar, poniéndolas en tensión; un relato poblado de nosotros, de nuestras identidades no idénticas. Llevamos el espíritu de nuestros tiempos: somos la puesta-en-cuestión de cualquier centro, y con ello somos fragmento desordenado. Un relato que desmienta todo relato hegemónico, que no deje socavar la voluntad frente a los corporativismos, que, por el contrario, instale en el presente una infinita posibilidad de voluntad.

Un relato, en definitiva, que permita dar cuenta de estos primeros veinte años de democracia (porque somos la primera generación que ha vivido totalmente en democracia) para denunciar sus deudas, apuntalar sus desviaciones, allanar el terreno para su llegada; para que se alíe con la palabra libre, participativa y expansiva que hoy celebramos. Un relato con nuestras palabras. Palabras, que en el giro de las ideas, resistan, callen a quien busca silenciar, a quien quiere conservarlo todo como está, a quien, otra vez, se agarrapata al timón. Un relato que permita apropiarnos de estas y otras palabras; palabras, que se precipitan en la piedad de este silencio, en el rumor artificial de la ceremonia. Estas palabras suicidas que prometen una voz futura; estas palabras, muchachos, estas palabras que hoy se nos regalan. Muchas Gracias.